

donde aun tenga que gozarse mas ; porque cada uno amará al otro como á sí mismo , y está claro que así se holgará de la bienaventuranza del otro como de la suya. Segun esto , ¡ cuántos y cuán grandes gozos alcanzará cada uno , que se regocijará de tantas y tan grandes bienaventuranzas de los Santos ! Y si tanto se holgará del bien de los otros , que ama como á sí mismo , ¿ cuánto se holgará de Dios , á quien ama sobre sí mismo ? Finalmente , estará el bienaventurado rodeado de un mar de innumerables gozos que le llenará todas sus potencias y sentidos , no de otra manera que si una esponja que tuviese tantos sentidos del gusto como ojuelos y poros tiene la metiesen en un mar de leche y miel , gozando con mil bocas toda aquella suavidad y dulzura. Dios es para el bienaventurado un mar de leche y un piélagos todo de miel , un abismo de dulzura y un océano de gozos inefables. Alegrémonos los cristianos , que nos ha prometido tan grandes bienes. Regocijémonos , que el cielo se hizo para nosotros , y la esperanza de tan grandes gozos destierre toda tristeza de nuestro corazón. Escribe Paladio del abad Apolo (1) que si veia alguno de sus monjes triste , luego le reprendia diciendo : Hermano mio , ¿ por qué nos afligimos en vanas tristezas ? Aflijanse , melancolicense aquellos que no tienen esperanza de ir al cielo ; no nosotros , pues Cristo nos ha prometido la bienaventuranza de la gloria. Esta esperanza nos regocije , y este gozo nos aliente , y empecemos á gozar de lo que siempre hemos de gozar ; porque la esperanza , como dijo Filon , es un gozo antes del gozo. En esto solo habíamos de pensar , apartando los ojos de todo bien y gusto de la tierra. El profeta Elias una vez que gozó un destello de aquel gozo celestial luego cerró las ventanas de los sentidos , tapándose los ojos , oídos y todo el rostro con su capa. Tambien el abad Silvano , cuando salia de su oracion , se tapaba los ojos , pareciéndole que ni eran dignas de ser vistas las grandezas de la tierra , cuanto menos de gozarlas , respecto de las del cielo , en cuya esperanza sola nos habíamos de gozar.

CAPÍTULO V.

Cuán dichosa es la vida eterna de los justos.

Bastaba lo dicho para que echásemos de ver cuán dichosa y bienaventurada ha de ser la vida eterna de los justos ; pero son tantos sus gustos y dichosísimas dichas , que es fuerza alargar mas esta materia. Por esto cuando los hebreos querian significar á un bienaventurado , no decian en singular el bienaventurado , sino en número plural le llamaban las bienaventuranzas ; y así cuando se da principio al libro de los Salmos con esta palabra (2) : *Beatus* , en el hebreo está *beatitudines* , esto es , las bienaventuranzas , llamando así al que es bienaventurado , y por cierto

(1) Palad. Histor. cap. 31. — (2) Psalm. 1.

con mucha razon ; porque con cuantas potencias y sentidos tiene goza de otras tantas bienaventuranzas. En el entendimiento tiene bienaventuranza , en la memoria tiene bienaventuranza , en la voluntad tiene bienaventuranza , en los ojos tiene bienaventuranza , en los oídos tiene bienaventuranza , en el olfato tiene bienaventuranza , en el gusto tiene bienaventuranza , en el tacto tiene bienaventuranza ; y son tantas las bienaventuranzas de aquella vida bienaventurada , que faltarán sentidos para ellas , porque mas serán los gozos que allí tendrá que poros tiene el cuerpo. Es aquella vida verdaderamente vida eterna , total y perfectísima ; y así cuanto tiene de vida el hombre , ha de vivir allí con su perfeccion última y bienaventuranza perfecta. Vivirá allí el entendimiento con una sabiduría soberana , vivirá la voluntad con un amor encendido , vivirá la memoria con una inmortal representacion de todo lo pasado , vivirán allí los sentidos todos con continua delectacion de sus objetos , vivirá todo cuanto hay en el hombre , y todo será gustos , gozos y bienaventuranzas : y dando principio por el gozo y vida del entendimiento , fuera de aquel sumo y claro conocimiento de Dios , del cual ya hemos hablado , le darán una suma sabiduría , por la cual conozca todos los misterios divinos é inteligencia de los Libros sagrados. Conocerán cuántos Ángeles hay y hombres bienaventurados , como si fueran uno solo ; conocerán los secretos de la divina Providencia ; conocerán cuántos condenados hubiere , y las causas por que se condenaron ; conocerán toda la máquina del mundo , todo el artificio de la naturaleza , todos los movimientos de los astros y planetas , todas las propiedades , plantas , aves y animales , y no solo conocerán las cosas criadas , sino muchas de las que podia criar Dios. Todo esto conocerán clara y distintamente , aunque lo conocerán juntamente sin embarazarse nada. Esta será vida del entendimiento , que se cebará en verdades tan altas y tan ciertas ; esta será verdadera sabiduría , porque la que alcanzaran los mayores sábios y filósofos del mundo , aun de las cosas naturales , está llena de ignorancias , engaños y sombras ; porque no pueden conocer ninguna sustancia como es en sí , sino por la corteza de los accidentes. Por rústico y simple que sea uno , en llegando al término deseado de la gloria , se llena de una sabiduría tan grande , que en comparacion de ella es rustiquez la sabiduría de Salomon y Aristóteles. Escribe Ludovico Blosio (1) que habiendo fallecido una doncella muy simple , se apareció despues de muerta á santa Gertrudis , y la empezó á enseñar cosas altísimas. La Santa , maravillada de tanta ciencia y sabiduría en persona tan ignorante y simple , la dijo : ¿ De dónde sabes tú todas estas cosas que me dices , pues eras acá tenida por simplicísima ? La virgen la respondió : Desde que ví á Dios supe todas las cosas. Con mucha razon dijo san Gregorio (2) : *No se ha*

(1) Blosius de Monil. spirit. cap. 14. — (2) S. Greg. Non credendum est, Sanctis, qui intus claritatem Dei vident, aliquid foris esse, quod ignorent.

de creer que los Santos, que ven dentro de sí la claridad de Dios, ignoren fuera de sí alguna cosa.

¡Qué contento tuviera uno de ver juntos en una sala los hombres mas sábios del mundo y los príncipes de todas las ciencias y facultades! ¡Á Adán, Abrahán, Moisés, Salomón, Isaías, Zoroastro, Platon, Sócrates, Aristóteles, Pitágoras, Homero, Trismegistro, Solón, Licurgo, Hipócrates, Euclides, Arquímedes, Teofrasto, Dioscórides, y todos los doctores de la Iglesia, como estaban en esta vida! ¡Cuán venerada sería esta junta, cuán admirable congregación formarían, y por verlos dejarían los hombres sus casas! Pues si ver solamente una poca de sabiduría hecha pedacitos y repartida entre tantos sería de tanta admiración, ¿qué será tener una alma en su entendimiento, no pedazos de sabiduría tan pequeños como alcanzaron en esta vida los hombres mas sábios, sino toda la sabiduría entera? El gozo que tendrán en el conocimiento de tantas verdades como alcanza la sabiduría ¿quién lo podrá explicar? ¿Qué gusto sería para uno, si de una vista le mostrasen todo cuanto hay y pasa en la tierra, los edificios tan hermosos, los frutales tan varios, las amenidades tan suaves, los animales tan diversos, las aves tan pintadas y extrañas, los peces tan monstruosos, los metales tan ricos, las gentes y naciones mas apartadas? Por cierto que fuera una vista de inestimable gusto. Pero ¿cuál será el ver todo esto, cuanto hay en la tierra, y juntamente cuanto hay en el cielo y sobre el mismo cielo? Algunos filósofos, con el conocimiento de alguna curiosidad ó verdad natural, quedaban suspensos y bañados de una alegría mayor que cuantos gustos podían recibir en los sentidos; y por eso se desvelaron como Aristóteles, y anduvieron largas peregrinaciones como Pitágoras, y se privaron de todos los bienes y gustos del mundo como Crates, é hicieron largas experiencias como Demócrito, y de día y de noche no pensaban en otra cosa como Arquímedes, el cual, como escribe Vitruvio, no apartaba su pensamiento de día ni de noche de inquirir alguna demostración matemática, por el contento que tenía cuando hallaba alguna verdad. Comiendo estaba, y el ánimo en eso le tenía echando ángulos y líneas; lavándose estaba, y ungiendo como se acostumbraba antiguamente, y con dos dedos, que le servían de compás, hacía círculos en el unguento que tenía sobre sus carnes. Muchos días anduvo averiguando por su matemática cuánto oro tendría una corona de plata que quería le dorasen, para que no le engañase el platero. Después que lo halló, mientras se estaba bañando en una bacia de metal, dió luego saltos de placer, diciendo con gran regocijo: Hallado lo he, hallado lo he. Pues si de hallar esta verdad tan baja tuvo tanto gozo este sábio, ¿cuál será el que recibirán los Santos de los altísimos secretos que les descubrirá su Criador, y sobre todo de aquel secreto de secretos, de cómo es trino y uno, y juntamente conociendo clara y distintamente la trinidad de personas con la unidad de esencia? Esta verdad, con

todas las demás que se descubrirán al justo mas sencillo de todos, le ha de bañar su alma de gozos inefables. ¡Oh sábios del mundo é ignorantes delante de Dios! ¿por qué os cansáis en vanas curiosidades, ocupados en entender, y olvidados en el amar, muy atentos á saber, y divertidos de obrar? No es el camino de saber la especulación seca, sino el afecto devoto, el amor ardiente, la mortificación de los sentidos y las obras del servicio divino. Obrad y mereced; y os darán en un instante mas ciencia que adquirirán todos los sábios del mundo con sus desvelos, experiencias y peregrinaciones. Por el gran gusto que hay en hallar una verdad enseñó Aristóteles que la felicidad del hombre consistía en la contemplación: lo cual dijo con la experiencia que él tenía del gusto que sentía cuando hallaba una verdad nueva después de mucho discurso y trabajo. Si esto sintió este gran sábio de la contemplación natural, y por ella se desvelaba, ¿qué debemos hacer nosotros por aquella contemplación divina y vista clara de Dios? Y ¿qué gozo será, y qué bienaventuranza tan cabal?

Vivirá también allí la memoria, acordándose de todos los beneficios divinos, haciendo gracias eternas al Autor de todas, gozándose el alma de haber sido tan dichosa, de que sin merecimientos suyos haya recibido tan grandes misericordias. Acordaráse también de los peligros que ha pasado, de que con el favor divino fue librada; y cantando dirá: *El lazo se rompió, y nosotros somos libres*. Será también al alma de particular gozo, como enseña santo Tomás, la memoria de las obras de virtud y actos buenos con que ganó el cielo; lo uno, porque fueron los medios de su dicha, y lo otro, porque con ellos sirvió y agradó á tan gran Señor, y tan bueno como ve y experimenta. Este gozo, que resultará de la memoria de las cosas pasadas, no es pequeño; sino tan grande, que dando Epicuro un remedio para estar siempre deleitándose, enseñó que había de ser con las memorias de gustos pasados. Pero en el cielo no solo se regocijará uno con la memoria del gusto de Dios en el cumplimiento de su voluntad, en la disposición y orden de su vida, sino también de los trabajos y peligros pasados. La memoria de un bien perdido sin remedio da grande despecho y tormento; y por el contrario, la memoria de un grande mal evitado y trabajo pasado es dulcísima y suave. El Sábido dijo de la memoria de la muerte que era amarga, como lo es, á los que la han de pasar; pero después de pasada y seguros en el cielo no puede dejar de ser dulcísima á los Santos, los cuales han de tener un gozo grandísimo, acordándose que ya no han de morir, ni enfermar, ni peligrar.

Vivirá también allí la voluntad en aquella vida verdadera y vital, gozándose de ver cumplidos todos sus deseos con la abundancia y suavísima hartura de tantas felicidades, no pudiendo dejar de amar á hermosura tan amable, como goza y posee el alma en Dios. El amor es el que hace suaves á todas las cosas: y como es tormento apartarse quien se

ama, así es gran gozo estar con el amado; y como el bienaventurado está amando á Dios nuestro Señor mas que á sí mismo, y á los demás bienaventurados como á sí mismo, es inefable el gozo de estar gozando de Dios y de los que tanto ama. Á una madre hace el amor que guste mas de ver á su hijo, aunque sea mas feo y de peor condicion que el de su vecina. Pues como sea mayor incomparablemente el amor de un bienaventurado para con los otros, y ellos sean tan hermosos, perfectos y dignos de ser amados, es sumo el gozo que tiene de verlos, y mas tan gozosos, pues todos ven á Dios. Séneca dijo (1) que no habia sabrosa posesion de algun bien sin tener compañero; y sin duda se hará muy suave y dulce la posesion del sumo Bien con tantos compañeros como habrá. Si un hombre estuviere muchos años solo en un hermosísimo palacio, no gustaria tanto de estar allí como en el campo desierto con alguna compañía; pero la ciudad de Dios llena está de nobilísimos ciudadanos y compañeros de una misma bienaventuranza. Acrecentará este gozo el tratar con personas tan sábias, tan santas, tan puestas en razon todas; porque si una de las mayores cargas del trato humano es sufrir condiciones y padecer sinrazones, y uno de sus mayores gustos es la buena conversacion y suavidad de aquellos con quienes se trata, ¿qué conversacion y trato divino será el de los cielos, donde no hay mala condicion, ni agravio, ni pesadumbre, sino toda suavidad, apacibilidad, dulzura y miel, teniéndose todos tal amor, que dice san Agustin (2): *Tanto se holgará cada uno de la bienaventuranza del otro, como de su gozo inefable; y cuantos compañeros tuviere, tendrá otros tantos gozos. Allí está todo lo que importa y deleita, toda riqueza, todo descanso, todo consuelo. Porque ¿qué puede faltar allí donde Dios está, á quien nada le falta? Todos allí conocen á Dios sin error, venle sin fin, alábanle sin cansancio, ámanle sin tedio, y en este amor descansan llenos de Dios.* Además de esto, el gozo que tendrá la voluntad con la seguridad de tantos gozos será inefable; porque los contentos, cuanto mayores son, tanto mas los disminuye el miedo de que han de faltar, y un peligro suele desazonar muchos gustos: no solo saber que se ha de acabar una dicha, sino el entender que podrá acabarse, echa acibar en su gusto; mas aquella felicidad eterna, como ha de ser eterna, ni se ha de acabar, ni podrá acabarse, ni tendrá disminucion, ni podrá tener peligro; y esta seguridad sazónará con nuevo gozo todos los gozos de los Santos.

§ II.

Fuera de las potencias del alma, vivirán allí todos los sentidos con el pasto de muy proporcionados y suavísimos objetos. Los ojos se recrearán siempre con la vista suave de tantos cuerpos hermosísimos, como

(1) Seneca, epist. 6. — (2) Aug. l. de spiritu et anima.

serán los gloriosos de tantos soles clarísimos, como habrá allí justos. Un sol basta para alegrar ahora á todo el género humano; ¿qué alegría sentirá un bienaventurado con tantos soles, y viéndose á sí ser uno de ellos? ¿Qué gozo será cuando vea salir de sus manos y piés, y de todos sus miembros y artejos de su cuerpo, rayos mas claros que los del sol de mediodia? Entre todos, ¿cuánta alegría será ver el cuerpo de la Virgen santísima nuestra Señora mas hermoso y resplandeciente que toda la hermosura y luz de los Santos? Cuando la vió san Dionisio Areopagita, en el tiempo que aun estaba en cuerpo mortal, se le representó tal, que le parecia que estaba en la gloria; ahora que tiene cuerpo inmortal y glorioso ¿de cuánta alegría y gozo será su hermosísima vista? De Ester se dijo (1) que era hermosa grandemente, y de una belleza increíble, graciosa á los ojos de todos y muy amable; ¿con cuánta mayor excelencia será graciosa y amable la Reina de los cielos en el estado glorioso? Sobre todo, ¿cuán llena de contento será la vista de Cristo nuestro Redentor, mas resplandeciente, claro y hermoso que los demás cuerpos juntos, cuyas llagas saldrán con particular gloria y resplandor? Tambien las heridas de los Mártires estarán hermosísimas, y campearán con singular hermosura y resplandor aquellas partes en que fueron atormentados los Mártires, y se mortificaron los Confesores. Además de esto, habrá vistas hermosísimas en aquel cielo empíreo y en la grandeza y edificio de palacios de aquella ciudad de Dios.

Á los oídos apacientarán tambien suavísimas músicas y cánticos, como se colige de muchos lugares del Apocalipsi; y si la arpa de David deleitaba tanto á Saul, que le sosegaba sus pasiones, y echaba de él al demonio y á la melancolía tan profunda de que se aprovechaba el mal espíritu; y la arpa de Orfeo que fingien recreaba tanto, que los hombres y aun los brutos se suspendian al son de su música; ¿qué armonía será la del cielo, pues la de la tierra causa tanta suspension? La fervorosa virgen D.^a Sancha Carrillo, estando enferma (2), y para morir de dolores excesivos, con una música que oyó del cielo se le quitaron todos, y quedó buena y sana de repente. San Buenaventura escribe de san Francisco que mientras le tocó un Ángel una citara, le pareció que estaba ya en la gloria. Pues ¿qué gusto será, no solo oír la voz de una citara tocada por un Ángel, sino las voces de millares de Ángeles con admirable melodía de instrumentos? El encanto de un pajarillo solo tuvo suspenso á un santo monje por espacio de trescientos años, no entendiéndolo él al cabo de ellos que habian pasado mas de tres horas; ¿qué suavidad será la de tantos cantores celestiales, tantos Ángeles y hombres que estarán entonando el *Alleluia* que dijo el santo Tobias, y las Virgenes que cantarán aquel cántico nuevo que no podrán otros cantar? De san Nicolás de Tolentino escribe Surio en su vida que por seis

(1) Esther, II. — (2) Rou. lib. 2, cap. 10, en la vida de D.^a Sancha Carrillo.

meses continuos antes de su muerte oyó todas las noches un poco antes de Maitines suavísima música de Ángeles en que le daban á gustar la dulzura que le tenia el Señor aparejada en su gloria; y era tan grande el gozo que de oirla sentia, que se le iba el alma tras ella, tan olvidada del cuerpo, que ninguna cosa mas deseaba que desasirse de él por gozarla. Lo mismo deseaba san Agustin cuando dijo (1): Toda su ocupacion, todo su entretenimiento de los cortesanos del cielo, alabanzas son de su Majestad sin fin, sin cansancio, sin trabajo. Dichoso yo, y de veras eternamente dichoso, si despues de mi muerte mereciese oír la melodía de aquellos cantares que en alabanza del Rey eterno cantan los ciudadanos de aquella soberana patria y los escuadrones de aquellos espíritus bienaventurados. Esta es aquella música suavísima que oyó san Juan en su Apocalipsi, cuando cantando los moradores del cielo decian: Todo el mundo, Señor, os bendiga; esto es, publique vuestra grandeza, vuestra gloria y sabiduría: á Vos sea dada la honra, el poder, la fortaleza, por todos los siglos de los siglos. Amen.

El olfato se regalará allí con la suavidad que despedirán de sí aquellos cuerpos hermosísimos; porque serán de mas suave fragancia que si fuesen una pasta de ámbar y almizcle, y todo el cielo estará mas oloroso que jazmines y azucenas. Escribe san Gregorio Magno (2) que apareciéndose Cristo nuestro Redentor á Tarsila su hermana, echó de sí tan grande suavidad y fragancia, que bien se echaba de ver era aquel olor tan suave y apacible del Autor de todo lo criado. De san Salvio escribe Gregorio Turonense que despues de haber sido arrebatado al cielo, entre otras cosas decia: Llenóme un olor de tan extremada suavidad, que él solo ha bastado para apagar en mí todo apetito de las cosas de esta vida. ¡Oh cuán fragantes estarán en el cielo el cuerpo de Jesucristo, de María santísima y demás Santos! Ni es mucho que despidan de sí tan suave olor los cuerpos gloriosos, pues en este valle de desdichas los cuerpos, sin vida y alma, de los Santos han despedido una admirable fragancia. Escribe san Gregorio Magno (3) que al punto que espiró san Sérvulo, echó su cuerpo tan suave olor, que llenó todos los presentes de una fragancia inestimable. De san Hilarion testifica san Jerónimo que despues de muerto diez meses despedia una suavidad y olor fragantísimo. Si esto vemos á nuestros ojos en los cuerpos corruptibles, en los inmortales de los Santos ¿qué será?

El gusto tendrá tambien en el cielo grandes suavidades; porque aunque no ha de haber comida, porque esto fuera necesitar aquel estado dichoso de alguna cosa, se sentirá en el paladar y la lengua un sabor suavísimo; y así con gran decoro y limpieza habrá allí el sabor del gusto sin el trabajo de comer. Por este sabor se significa tantas veces la glo-

(1) S. Aug. cap. 13 medit. — (2) S. Greg. I. 4 Dial. cap. 16, et hom. 38 in Evang. (3) S. Greg. lib. 4 Dial. cap. 14.

ria en la sagrada Escritura con nombre de cena, y convite, y maná, y por ser grande la dulzura que ha de sentir allí el paladar humano, la cual será tan grande, que dice san Agustin (1): *No se puede explicar cuán grande haya de ser el deleite del gusto y la dulzura del sabor que eternamente se hallará allí.* Tambien dice san Laurencio Justiniano (2): *Una increíble dulzura de todo lo que puede ser deleitable al gusto dará sabor al paladar, con una melosa y agradable hartura.* Si Esaú vendió su mayorazgo por una escudilla de lentejas, por estos soberanos gustos bien podemos privarnos de un gusto de la tierra.

El tacto tambien será allí regalado: flores les parecerá cuanto pisaren, y todo el temple de sus cuerpos será amenísimo, y de una sazon y disposicion gustosísima; porque así como las mayores penitencias de los Santos se ejercitaron en este sentido afligiendo el cuerpo, así tambien era razon que en este sentido tuviesen particular premio; y así como en el infierno son afligidos los condenados de muchas maneras en el tacto, así serán en el mismo sentido recreados en el cielo los Santos; y como en el infierno aquel ardor de fuego sin luz ha de penetrar á los miserables abrasándoles hasta las entrañas, así en el cielo aquel candor de luz, que ha de penetrar á los Santos, ha de acompañar un incomparable regalo y recreo, si bien bastaba ya ser incapaces de pena, y de todo dolor y cansancio, para que les sirviese de grande premio. Todo ha de ser vivir en aquella vida verdadera: todo ha de ser gozo en aquella bienaventuranza eterna; porque, como dice san Anselmo (3): *Los ojos, narices, boca, manos, hasta lo mas interior de los buenos, las entrañas todas, y cada una de las partes del cuerpo en comun y en particular, sentirán una milagrosa suavidad y deleite.*

Á todos los sentidos ha de dar principalísimo gozo la humanidad de Cristo nuestro Redentor; y así Juan Tambecense y Nicolao de Nise (4) dicen, que como el conocimiento intelectual de la divinidad de Cristo pertenece al gozo y premio esencial del alma, á ese modo el conocimiento sensitivo de la humanidad del mismo Cristo pertenece como al gozo esencial de los sentidos; porque es el término y fin, y lo sumo que pueden desear. Esto parece que se significó por san Juan, cuando dijo el mismo Señor, hablando con su Padre: *Esta es la vida eterna; esta es la bienaventuranza esencial, como dice Nicolao de Nise: Que te conozcan á tí solo verdadero Dios, en lo cual se encierra la gloria esencial del alma; y luego añade diciendo: Y al que enviaste Jesucristo, en lo cual se denota la bienaventuranza como esencial de todos los sentidos del cuerpo; y así en sola la humanidad de nuestro Redentor satisfarán su apetito los sentidos perfectísimamente, de modo que no tengan mas que de-*

(1) Aug. I. de spiritu et vita. — (2) Laur. Justin. de dismon. cap. 23.

(3) Anselm. de Simil. cap. 36. — (4) Joan. de Tambe. tract. de deliciis sensibilib. Paradisi, et Nicol. de Nise de quatuor novis. 4 myst. 4 consid.

sear; porque en aquella sacratísima humanidad hallarán toda suavidad, regalo y gusto: porque para los ojos será una hermosísima vista sobre toda hermosura; para los oídos solo una palabra suya será mas suave y dulce que toda la música de los celestiales espíritus; para el olfato será la fragancia olorosísima de su sacratísimo cuerpo sobre todo ámbar y aromas; para el tacto y gusto el besar sus piés y sus sacratísimas llagas será sobre toda suavidad y dulzura.

Es tambien mucho para advertir que tendrán los hombres algunos mas gozos particulares que no tendrán los Ángeles. Lo primero, se gozarán de las lauréolas de Doctores, Vírgenes y Mártires, y ningun Ángel tendrá esta gloria de haber muerto por Cristo y derramado su sangre, ni de haber vencido su carne, y entre varias luchas y combates haberla sujetado á la razon: por lo cual dijo san Bernardo que la castidad de los hombres es mas gloriosa que la de los Ángeles. Además de esto tendrán los hombres la gloria de los cuerpos y gozos de todos sus sentidos, lo cual no tendrán los Ángeles; porque así como les faltó el enemigo del espíritu, la carne, así tampoco tendrán la gloria de su victoria; y como no tuvieron que refrenar sentidos, tampoco tendrán sentidos que gocen el premio de su mortificacion y penitencia. Tambien no tendrán los Ángeles este gran gozo de ser redimidos por Cristo del pecado, y de tantas condenaciones al infierno, como veces han pecado mortalmente los hombres; y verse libres en el cielo de tan horrendo mal y de tantos enemigos del alma, los cuales no tuvieron los Ángeles, causará inefable gozo.

CAPÍTULO VI.

La excelencia y perfecciones de los cuerpos de los Santos en la vida eterna.

No dejemos de considerar tambien lo que será el mismo hombre cuando sea eterno, cuando despues de resucitado entre en cuerpo y alma en los cielos. Corramos siquiera con la consideracion todos los géneros de bienes que nos aguardan en aquella tierra prometida; porque cuando Dios prometió á Abraham la tierra de Palestina, le mandó juntamente, que la mirase, anduviese y rodease primero por todas partes: *Levanta los ojos*, dice el Señor (1), *mira desde el lugar en que ahora estás al Aquilon y Mediodia, al Oriente y Occidente: toda la tierra que ves te daré á tí y á tu linaje para siempre*; y luego dice: *Levántate, anda la tierra en ancho y largo, porque te la tengo de dar*. Estas palabras podemos tener por dichas á nosotros, pues nos han prometido el reino de los cielos, porque no entrará en él quien no le haya deseado, y no le deseará como conviene quien no le hubiere andado con la consideracion; porque lo que no se conoce, mal se puede desear: y así debemos contemplar muchas

(1) Gen. XIII.

veces su grandeza, lo largo de su eternidad, y lo ancho y dilatado de su felicidad, la cual se extiende tanto, que no solo al alma, pero al cuerpo, le llena de dicha y gloria; porque la gloria del alma redonda en el cuerpo, llenándole de cuatro dotes excelentísimos con que le perfecciona y llena de toda la felicidad que puede desear. El ver Moisés á un Ángel en figura corporal y por las espaldas, y solo de paso, le causó una alegría tan incomparable con la luz y hermosura que echó de sí, que no le cabía el corazon en el pecho, quedando en el rostro de Moisés unos resplandores divinos que le comunicó aquella vista: el ver un bienaventurado al mismo Dios como es en sí, y cara á cara y de propósito, ¿de qué gozo y luces no le llenará, y las comunicará al cuerpo? Porque fuera de una suma hermosura y perfeccion que han de tener aquellos cuerpos gloriosos (1) que han de tener todos, y vestir de una luz divina y tan clara que ha de aventajarse siete veces á la del sol, como advierte Alberto Magno (2); porque si bien en el Evangelio solamente se dice que los justos han de resplandecer como el sol, pero el profeta Isaiás dijo (3) que entonces habia de lucir el sol siete veces mas que ahora resplandeciese: servirá á los Santos de vestidura esta claridad inmensa, por ser la luz la claridad mas hermosa y excelente de todas las corporales.

¿Qué emperador vistió mas resplandeciente y vistosa púrpura? ¿Qué majestad se ha visto mayor que la que echará de sí tal resplandor? Herodes el dia de su mayor grandeza (4) solo la pudo mostrar con vestido de plata admirablemente tejido, que para resplandecer habia de ser herido del sol; con todo eso, por aquel ligero resplandor fue saludado por Dios. ¿Qué respeto se deberá á un bienaventurado que estará, no digo vestido de oro, no vestido del sol, pero será mas claro y resplandeciente que el mismo sol? Júntense todos los diamantes mas resplandecientes, los rubies mas ardientes, los carbunclos mas lúcidos, guarnézcase con ellos una ropa imperial; no será todo mas que carbones, respecto de un cuerpo glorioso, el cual todo será mas transparente y claro y resplandeciente que si fuera esmaltado de diamantes. ¡Oh vileza de las riquezas mundanas! Todas ellas no pudieron hacer un vestido tan vistoso. Y si acá se tiene por grande gala traer en un dedo una sortija de un diamante que resplandezca algo, ó en el pecho una joya que tenga algun precioso carbuncho, ¿qué será tener todas las manos, piés, pecho y todo el cuerpo mas resplandeciente que toda joya preciosa, y que esta joya no sea postiza ni prestada, sino propia de nuestro cuerpo? Porque las galas y ornamentos de los vestidos de la tierra antes son de afrenta á los que los traen, así porque arguyen necesidad é imperfeccion en sus cuerpos, pues han menester suplir lo que á ellos les falta con cosas ajenas, como tambien porque el vestido se nos dió como un sambenito cuan-

(1) Matth. XIII. — (2) Albert. Magn. in Compend. Theolog. l. 7, c. 8.

(3) Isai. XXX. (4) Joseph. lib. 19, cap. 6.